

Hacemos lo que decimos

NARRADOR: CECIL WILLIAMS
ADAPTADO DE *NO HIDING PLACE*
CON REBECCA LAIRD

EN EL CORAZÓN DE SAN FRANCISCO ESTÁ LA IGLESIA GLIDE Memorial, que es algo más que una iglesia, es una comunidad: un lugar de amor y apoyo incondicionales. Para millares de personas —ricas y pobres, jóvenes y viejas— Glide es un lugar de recuperación y de nuevos comienzos. Mis antepasados africanos, que sufrieron la esclavitud, llevaron consigo a través del Atlántico una tradición que sigue estando sólidamente arraigada en la cultura afroamericana de hoy. En Glide, damos a conocer nuestra verdad por medio de relatos, relacionándonos mutuamente a través del diálogo, y sumergiéndonos en la vida del Espíritu.

Calculamos que el 80 por ciento de las personas que vienen a nosotros se encuentra en recuperación de alguna sustancia. Una de las primeras cosas que aprendemos en la guerra contra las adicciones es que los programas tradicionales para el tratamiento de las drogas no funcionan para la mayoría de los afroamericanos. Los programas de doce etapas se centran en la recuperación individual, como si el quedarse limpio y sobrio fuesen la máxima meta. Pero los afroamericanos son un pueblo gregario: luchamos juntos por nuestra libertad.

Yo crecí en San Ángelo, Texas, que era un pueblo segregado antes del movimiento pro derechos civiles. Los autobuses, los bebedores de agua, las líneas del ferrocarril,

los servicios sanitarios, todo en San Ángel me recordaba constantemente que yo era una persona «de color», un negro. Cuando crecí y me convertí en ministro evangélico, quise cambiar eso para crear una vida mejor para mi gente. Más del 65 por ciento de los negros de San Francisco viven en complejos de viviendas infestadas por la delincuencia, tapiadas con tablas, cubiertas de grafiti. Mucha gente de esas viviendas consume drogas, pero incluso si pudiera librarse de las drogas durante el día, tiene que regresar a dormir en esos proyectos que se han convertido en santuarios para todos los vicios imaginables. Las tentaciones son grandes. Puesto que nuestra gente vive en los proyectos, Glide tuvo que ir allí también.

Una de las cosas que yo predico en Glide es: «Predica con el ejemplo». De manera que decidimos hacer lo que decíamos y marchamos hacia los complejos de viviendas más malos de San Francisco: Valencia Gardens. El 17 de febrero de 1990 decidimos marchar y proclamar las buenas nuevas de la recuperación a nuestros hermanos y hermanas. Pasamos docenas de horas reuniendo a personas de la comunidad, de la asociación pública de inquilinos, de la oficina del alcalde y de gente de Glide. Decidimos también no ser tan confiados y llevamos con nosotros a la policía.

Creamos una fuerza humana para influir a la gente de los complejos. Nuestra meta no era sacar a los vendedores de narcóticos, a los proxenetas y a los consumidores de drogas de las viviendas municipales; habíamos ido a abrazarlos con amor incondicional y a decirles que hay otra manera de vivir. Así pues, abordamos los autobuses, subimos por la calle Market y luego doblamos en la calle Valencia, entonando cánticos de libertad. Al llegar, bajamos de los autobuses y desfilamos alrededor de los proyectos. Los que iban

al frente llevaban una amplia pancarta que proclamaba nuestro grito de guerra no violento: «Es tiempo de recuperación». Otros llevaban carteles que decían: «El drogadicto necesita recuperarse» y «Bienvenido a la recuperación».

Desfilamos como una cuadrilla de amantes, proclamando liberación de las drogas, la adicción y la desesperación. Así como Jesús nos ha dicho a cada uno de nosotros, «yo estoy contigo», la comunidad de Glide desfiló para decirle a nuestra lesionada familia, «estamos con ustedes». Cada corazón llevaba el compromiso de aceptar a quien encontrara. Nadie tampoco desfiló con las manos vacías. Algunos llevaban brochas y galones de pintura. Otros cargaban bandejas de pollo frito y ensaladas de papas. No es bueno salir a pedir a gritos que la gente cambie con las manos vacías agitando en el aire. Tienes que tener algo que ofrecer.

Cuando los cientos de manifestantes habían confluído en el centro del complejo de viviendas, tomé un megáfono y comencé a llamar a los que se asomaban a los apartamentos del último piso. «Bajen, únense a nosotros. ¡Es tiempo de recuperación! Sabemos quienes son ustedes. Son nuestros hijos y nuestras hijas. ¡Es hora de que tomen las riendas de sus vidas!

Lentamente, la gente comenzó a bajar de algunos de los apartamentos que actualmente sirven como fumaderos de *crack*. Los subimos al estrado y les dimos un micrófono. Ellos hablaron de sus vidas. Luego, más tarde en el día, uno de los miembros de mi equipo vino a decirme que un grupo de vendedores de drogas quería tocar una cinta por el sistema de altoparlantes. Les dije que sí, viéndolo como una apertura para conversar con los jóvenes. Subí hasta la puerta donde estos jóvenes vendedores se hallaban escondidos.

didados. Algunos de la multitud me gritaron: «No debes hacer eso, Cecil». Pero lo hice de todos modos, y así fue como conocí a Alex.

A principios de la semana Alex había comenzado a reflexionar sobre su vida. Más adelante nos dijo: «Mi padre me había enseñado que si iba a vivir, debía ser el mejor en cualquier cosa que hiciera. Yo tomé el mal camino, el de ser un ladrón, un delincuente, y lo hacía bien. No tenía misericordia ni me importaba el bienestar físico de los demás. Estuve algún tiempo en la cárcel. Me estaba cansando de la vida.

«Estaba pensando “puedo conseguir un empleo, y si no resulta, siempre puedo volver a lo que estoy haciendo: a vender drogas”. Pero la que siempre está a mi lado, la madre de mi bebé, me dijo, “Tú puedes tener una vida honrada”. Es así que empecé a pensar en eso. Ese sábado fue el día que Cecil y toda la gente vinieron a desfilar.

«Escuché a Cecil. Lo que él hablaba era de lo que yo quería ser. Después de que pintaran las paredes de Valencia Gardens, me di cuenta que la marcha no era para cubrir las paredes sucias, era para la gente. Hubo un cambio total en las personas que vivían en los complejos. Gente de los complejos que nunca antes se hablaban, ahora conversaban juntos. Había tanta maldad alrededor de V.G.[Valencia Gardens]; yo quería ayudar a hacer algo bueno».

Poco después, Alex comenzó a venir a Glide. Muchos meses después, él le habló sobre la marcha a Valencia Gardens a algunos visitantes que estaban interesados en programas de recuperación. Alex les dijo: «Recuerdo a mi padre decirme en muchas ocasiones que por haber nacido en 1968 yo me había perdido todo: Malcolm X, el Reverendo Martin Luther King Jr., Vietnam, el movi-

miento hippie y las Panteras Negras. Después vine a Glide y comencé a ver que no me había perdido nada. He vivido para ver a Glide y conocer al Rdo. Cecil Williams, que no es un asesino sino un salvador. Glide me salvó, a mí y a mi familia, de la locura. Lo mejor de haberme encontrado a mí mismo es que yo nunca tuve que buscar a Glide, Glide vino a mi casa y me encontró».

Alex ahora tiene un empleo y le va bien. Es un hombre nuevo. «Venir a Glide fue como enfrentarse a una montaña donde no hubiera ni gradas ni una senda despejada. En lugar de eso había manos, manos de todos los colores que se tendían para ayudarme. Todo lo que tuve que hacer fue asirme a ellas y seguir subiendo hasta llegar arriba. Cuando llegué a lo alto, miré hacia abajo y vi cuán lejos había llegado. Era y es un hermoso paisaje. Esto es la recuperación».

*Levanta los ojos a este día que comienza para ti.
Da lugar a los sueños.*

MAYA ANGELOU

Únase a las celebraciones dominicales en la **Iglesia Glide Memorial** con el Rdo. Cecil Williams y la inspiradora música de los *gospels* interpretada por el conjunto de Glide. Para apoyar los treinta y siete programas completos que prestan servicios a millares de desamparados, drogadictos, oprimidos, desesperados o parias, entre ellos el Programa Diario de Comidas Gratuitas que sirve tres comidas gratis al día, 356 días del año, que ascienden a más de un millón de comidas al año, llame al 415-771-6300.